Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José Mª).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio)-Barriere (don Manuel) -Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás). Delgado (don Camilo S.)—Echeverría (don Aquileo J).-Ferraz (don Juan F.)—Flores (don Luis R.)—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).-Guzmán (Dr. David J.)—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan Mª) Morales (don Eusebio A.).—Martín C. (don Isidro).-Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).-Olivo P. (don Antonio).-Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F).—Pacheco (don Leonidas)-Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).-Schoreder (don Ernesto).-Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio). Víquez (don Faustino).-Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscrición.

En Costa Rica $ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „
Nos. sueltos, $ 0-25. Nos. atrasados, $ 0-50

EPOCA 2ª NUM. 20.

San José, 30 de Enero de 1891.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

TRISTEZA.

Ah! dime si este amor que ahora empieza
á despertarme en ambición y en ansias,
es otra luz fugaz de esas que brillan
un punto ... y que se apagan.

Dime si ésta es una hoja como todas
las que hasta hoy marchitó con inconstancia,
ya la distancia, ya el desdén, acaso
el tiempo, acaso nada.

Dimelo. Yo no quiero que estos sueños,
que esta ilusión y suaves esperanzas
sean como esas nubes, esas nubes
que sólo pasan ...pasan.

Ay si la luz se apaga ¡cuánta sombra!
¡qué feo el arbol de desnudas ramas!;
nube tras nube, va á pasar con ellas
el amor?.... ¡qué vacía va á estar mi alma!

FRANCISCO GAVIDIA.

SUMARIO.

TRIZTEZA, por F. Gavidia.—NAPOLEÓN, por Ramón Zelaya.—LA CIENCIA Y LA POESÍA, por Ermelinda de Ormache.—HENRY A. WARD, por Anastasio Alfaro.—CARTA, por el Duque Job.—NIEBLA, por José Ramón Yepes.-NACIMIENTO DE LA PULGA, por Camilo S. Delgado.-LA MUSA COLOMBIANA, por Antonio Olivo Pina.—A SEÑORITA M. S., por J. A. Granados.—LAS MUJERES DEL ARTE, por Antonio Zozaya.—ANACREÓNTICA, por Aquileo J. Echeverría.
GRABADO.—Henry A. Ward.

NAPOLEON.

"EL galanísimo artículo en que don *José Mª Salazar* habla de Napoleón y ANÍBAL motiva estas líneas que voy trazando por NO ser yo, como el escritor, admirador TAN ferviente del grandísimo insolente CARTAGINÉS."

Es decir, hasta el punto de colocarle más alto que al soberbio capitán francés.

Acorde, como estoy, con las ideas sustentadas por don Carlos Gagini, haré mío el contestar el artículo consabido.

Don Carlos Gagini está ausente de esta capital. Esto me ha impulsado más á hacerlo.

Así que, el señor Salazar no conceptuará mal el que meta mi cuchara en el asunto y le lleve la contraria en sus ideas.

Sólo le pido benevolencia, y empiezo:

El señor don José María Salazar expresa en su artículo que don Carlos Gagini no tiene en qué fundarse al insinuar que Napoleón es el mayor genio militar que han visto los siglos.

—¿Por qué dice Ud. eso?

—Lo digo, contesta él:

1º—Porque "los juicios de París sobre sus héroes y los extraños son los que adoptamos sin enmienda." Ahora bien, estos juicios, "por el sentimiento nacional" son concomitantes para el conquistador francés. Don Carlos Gagini, según el escritor, también debe de haber "aceptado sin enmienda los juicios de París" sobre su Emperador; por consiguiente, su opinión no es libre, espontánea é hija del examen, sino impuesta por la gran tirana de conceptos sobre los héroes históricos.

2º—Porque: "para averiguar por propio examen si Bonaparte fué el mayor genio del arte exterminador, había que conocer profundamente la ciencia en que se funda la guerra y *menudísimos* detalles de la táctica y estrategia empleadas por aquel genio en sus gloriosísimas campañas." Con lo cual quiere demostrar el articulista que, como don Carlos Gagini jamás habrá arrimado el hombro á la ciencia de la guerra y de lo que menos tiene es de belicoso, fué insulso cuanto él dijo.

Después de insinuar esto, pasa el escritor á demostrar que es Aníbal, y no Napoleón, el mayor capitán que han visto los siglos. En apoyo de lo cual, ensaya un paralelo entre ambos.

Y dice:

Napoleón tuvo por colaborador las circunstancias. Aníbal luchó contra ellas.

Napoleón, dice, vino al mundo de la manera que todos venimos, naturalmente: la suerte quiso que en el discurso de su vida se encontrase un cañón cargado, Francia revolucionaria, con la mecha lista. Napoleón se acercó á él, le encendió la mecha y disparó. Este fué todo su papel. Ni siquiera tuvo el mérito de tomar la puntería, no señor: esa pieza gigantesca la tenía ya: la Revolución había puesto ya la mira. Napoleón prendió la mecha y disparó. Esto fué todo.

Aníbal, por el contrario, tuvo que construírse la pieza, poner la puntería y disparar: todo lo hizo.

¿Quién hizo más?

En esta forma, señor don José, se lleva Ud. la palma. Ud. no, sino su héroe.

Pero miremos bien y examinemos.

Ah! finalmente arguye el señor Salazar que los conmilitones del conquistador corso eran para hombrearse con él y mirarle rostro á rostro; que apenas le cedían una mínima "y en muchas condiciones le igualaban."

En tanto que Aníbal estaba solo, todo lo disponía él y él mismo tenía que ejecutarlo. Capitanes entendidos, guerreros insignes; de esos cuyas almas son de pólvora y cuyos cuerpos de hierro; que toman plazas fuertes con caballería y hacen "morder el polvo" al enemigo; de esos que son capaces de hacer reventar de entusiasmo al lector de sus hazañas, no los tuvo. Murat, Ney, Lannes, no eran suyos. En medio de gente mercenaria, el perínclito guerrero cartaginés, no tuvo más apoyo que su genio. "Diez y siete años" se estuvo en pie ese campeón, alto y terrible, agarrándose del aire y en uno como equilibrio gigantesco en el vacío.

Sinembargo, algo tenemos que objetar al escritor y seguirle hemos punto por punto.

Principia asegurando tácitamente que don Carlos Gagini recibió de París, "el nido dorado del águila," sus opiniones. En otros términos, que, como el escritor francés se impone hoy á todo el mundo, no pudo escaparse de esa influencia el ilustre gramático costarricense.

¿Está Ud. seguro de ello, señor don José? ¿Se atreve Ud. á jurarlo? Me parece que es punto de averiguación si su regla general es verdadera y admitida por todo el mundo, para descender después, si acaso es posible, á asegurar el hecho particular que Ud. tiene por tan cierto. No, señor, permítame Ud. que le diga que en este hecho no pudo Ud. fundarse más que en una hipótesis, en una suposición simple y sencilla. ¿Y esta hipótesis, por ser suya, se figura Ud. que es una verdad concluyente? Pero aun cuando diésemos por bien averiguada la que Ud. sienta por premisa mayor, bien puede no ser la conclusión el hecho concreto de que tratamos: ¿no sabe Ud. que hay ingenios y caracteres libres por naturaleza; que, sin ser esclavos de nadie en sus opiniones, se encierran en uno como laboratorio intelectual y allí analizan cuanto han á las manos; que tienen ideas propias, que no tienen fe en los esperpentos de la fama, ni en los decires vanos, ni en nada más que en aquello que ellos mismos se destilan y analizan? La tiranía con ellos, de cualquier suerte que sea, material ó espiritual, es imposible. Naturalezas nobles y bravías, son particulares: ni ellas mismas se comprenden. Adelantan el conocimiento del mundo por la lectura: son jóvenes envejecidos. Rasgo característico de ellos, es la poca fe en el fondo de esos fantasmones orgullosos, que tomados por la fama sobre sí, andan por las calles pavoneándose con aire real.

Los individuos libres de que vengo hablando, no creen en esos esperpentos, y sólo sí desean con ahinco la ocasión de meterles la uña y rascarles la corteza. Bien así como el frutero rasguña la cáscara de las frutas para ver el color de la pulpa.

Pues volviendo á nuestro asunto, señor don José Mª, ¿sabe Ud. si don Carlos Gagini es uno de esos caracteres libres? ¿Le conoce Ud. en este punto? Pues bien puede ser él uno de esos. Y no se vuelva Ud. escéptico en este hecho, porque es cosa muy posible; y burlarse de lo posible, señor, al sabio no le es dado. Sabio que hace fisga de él, camino va de la idiotez.

Su aserción, pues, don José María, es una suposición simple y sencilla.

Las hipótesis, á un lado.

Y adelante:

En segundo lugar, el señor articulista cartaginés le pide al señor Gagini, como pasaporte de su juicio, la constancia de sus PROFUNDÍSIMOS conocimientos de "las ciencias en que se funda la guerra y menudísimos detalles de la táctica y estrategia, etc." Verdad es "que son numerosos los técnicos que han hecho esos estudios;" pero como don Carlos no ha sido uno de éstos, mal puede lanzar juicio alguno sobre el particular.

Cepos quedos, señor don José:

Arcaica es ya la idea de que para constituirse en crítico, preciso es tener las facultades y condiciones del criticando. ¿Y Ud. se afilia hoy á ella?

Pues va Ud. mal.

De este modo le da Ud. la razón al señor don Timoteo Miralda, quien, comparando LOS MISERABLES CON LA BESTIA HUMANA, en un estimable periódico guatemalteco del conocido poeta nicaragüense don Rubén Darío, se nos deja venir con su estilo hueco y rimbombante, y nos dice *á furto:*

"*Para juzgar al genio es preciso ser genio.*" No señor, mil veces no. Eso es una inconsecuencia.

Eso sería decirle á Ud., señor don José María, que es un genio, por cuanto se puso á juzgar, aunque "en ESBOZO" y sin *profundísimos conocimientos* bélicos, al héroe de Canas. O talvez se sintió poseído del genio del señor Miralda, cuando se puso á juzgar al GENIO á través de sus obras.

No señor, repito, es una inconsecuencia.

Si muerto Ud., señor don José María, y bajo seis pies de tierra, ya comido de gusanos, hubiera llegado el Mesías y allí le resucita, por nada hubiera Ud. tragado que aquel hombre tenía algo de divino, por cuanto Ud. NO ERA DIVINO también para juzgarle.

Ya que en sus palabras, don José, muestra Ud. tan escasa idea del GENIO, me dispensará Ud. tomarle por cofrade de aquellos

que discurren que en la región del arte, en la mansión de lo ideal, Homero no ha tenido igual; que nadie se ha puesto rostro á rostro con él. Si esto es así, según la teoría de Miralda, tácitamente sustentada por Ud., Homero es un inmenso signo de interrogación aun hoy no averiguado. Es un sol, es un gigante fósil, una medalla antigua que nadie puede aquilatar, porque nadie la entiende. Apartemos del camino ese vejestorio enmohecido, y con él se entienda la posteridad. Hoy por hoy, nadie le ha comprendido ni juzgado, porque nadie es capaz de ello. ¡Miserable inteligencia humana, avergüénzate, llora tu desdicha! La Naturaleza murió del primer parto, si primero el en que echó á Homero. De allí para acá, todo es aborto, miseria, mezquindad. Homero! Allí está ese viejo, alto y garboso, arrinconado, relegado y sucio, esperando que el dedo misterioso marque la salida del mortal que pueda entenderse con él. Como hasta ahora no ha aparecido ese Mesías, allí se está el pobre, mudo y ciego: no le podemos calificar, ¡miserables! no le podemos juzgar. ¿Quién sabe si es un rufián, barbilongo venerable, que pretende enquillotrar al mundo con sus chuladas?

Habrán de aceptar los apóstoles de esta teoría las consecuencias de ella. Sinembargo, esta idea tiene de peligroso, que dejó morir de hambre á Cervantes y á Shakespeare, y bien puede repetir su crimen. Coopera, en cierto modo, en la obra de los Zoilos. A fuerza de ser prudentes los que profesan esta teoría, se vuelven miserables. Quizá esta sea la ley que condena al genio á morir en un estercolero.

Petrarca se hacía incomprensible para el mundo de su tiempo; tenía la irradiación que comunica á los mortales privilegiados la inspiración. Petrarca no tenía la pequeñez necesaria para ser comprendido de una ojeada. Serafín Aquilano, por el contrario, no se salía del molde normal; era una llanura despejada en que cualquiera podía espaciar la vista y mirar el horizonte, claro y limpio. Dirigía sus gracias á la multitud y esta le comprendía. Pues el mundo le arrugó el ceño á Petrarca y enderezó sus caricias á Serafín Aquilano. El tiempo se encargó de poner las cosas en su punto.

Nó, señor don José María, le repito á Ud. que no es eso razonable.

En cierta clase de medidas no es eficaz medir por pulgadas. Hay moles á que no se les puede aplicar el palmo y tenemos que tomar su altura por su sombra. Es mal sistema querer hacerlo todo conforme á las reglas prescritas.

No se recurre á la medida ordinaria al molde ordinario, á la ley ordinaria para medir al genio. Muy al contrario. Si para tomar su altura ponemos á su lado la escala de la ciencia y empezamos á ascender, llegaremos con mil sudores al último escalón y aún veremos para arriba la cabeza del coloso, perdida entre las nubes.

No, señor, para juzgar no es preciso ponerse á igual altura. El juicio crítico, en yendo de fé sana y buen discernimiento, no ha menester que sea de igual á igual.

La Economía Política enseña á obtener grandes resultados con el menor costo posible. Esto debemos procurar en todos nuestros actos.

Las matemáticas, en un minuto y sin moverse de su poltrona, nos dan la temperatura del centro terrestre.

Sol brillante, deslumbrador, terrible, el genio no permite que se le acerquen á tocarle el rostro.

Nosotros los profanos, quienes quiera que seamos, juzgamos, podemos juzgar de la fuerza de estos gigantes, los adivinamos por sus efectos, por su luz, por su calor, por sus obras. Es un procedimiento eficaz. Y con ellos, el único posible. La marcha inductiva es la ley de la debilidad humana. Por el razonamiento que va de los hechos al conocimiento de las causas, se puede penetrar lo impenetrable. Ley ha sido esta de las grandes averiguaciones, de las sorpresas grandes que ha dado el hombre á la Naturaleza; misteriosa obrera. Newton, Galileo, allí están atestiguándolo, y sacarme han verdadero. No de otro modo nos es dado marchar á los mortales. Sólo Dios tiene el poder de descender directamente de la cumbre al pie.

Para decir la composición del sol, nos han bastado los lentes.—De aquí no más, hasta Neptuno hemos conocido. Los lentes son un poderoso auxiliar del hombre. Con ellos observamos todos los soles. ¡Bonito fuera que para conocer al genio, que es un sol, sol inmenso, sol poderoso, trajéramos una escala y empezáramos á subir!

(*Continuará.*)

RAMÓN ZELAYA.

San José.—Enero de 1891.

LA CIENCIA Y LA POESÍA.

I.

Era una apacible siesta
del ardiente y seco estío;
cabe la orilla de un río
de limpio y manso raudal,
al pie de una palma enhiesta,
cuyas ramas ondulantes,
se dibujaban radiantes
en el líquido cristal.
Sentáronse fatigadas
dos mágicas hermosuras,
respirando aquellas puras
auras con dulce fruición.
Veredas muy encontradas
en el mundo ambas seguían,
pero reunido se habían
por misteriosa atracción.
De altiva y grave apostura,
—que nobles prendas abona—
severa y digna matrona
era la de más edad.
Su mirada—aunque no dura—
fija, intensa, poderosa,
buscar parecía ansiosa
la oscura, ignota *verdad*.
Cual lirio del valle esbelta,
dulce, afable, sonriente,
mostraba la otra en su frente
el aurífero laurel.
Su pupila—al cielo vuelta—
vertía esa ardiente llama
que el pecho del vate inflama,
y es del genio expresión fiel.
Aquella dejó su diestra
caer sobre la rodilla,
y en ella hundió la mejilla
con pensativa actitud.
Esta, alzando en su siniestra
la lira de cuerdas de oro,
dió al aire un canto sonoro
que se perdió en su amplitud.
¡Eufónica melodía
cuyos apagados ecos
de los montes en los huecos
se sintió repercutir!
Cuando en la región vacía
murió su postrer sonido,
su prolongado gemido
creyérase percibir.
Y era que las tiernas aves,
y las flores y los vientos,
y todos los elementos
unísonos, al cesar
aquellas notas suaves
impregnadas de dulzura,
demostraban su tristura
suspirando con pesar.

II.

Alzó entonces la cabeza
la del grave continente,
y, clavando con fijeza
en la inspirada belleza
su mirada inteligente,
dijo:—¿A dónde te encaminas
tú que con la lira entonas
canciones tan peregrinas
que hasta natura fascinas,
y con laurel te coronas?
¿Cuál es aquí tu misión?
¿A do vas? ¿de dónde vienes?
—Pregunta á tu corazón,
y él sabrá darte razón
de quien soy, si es que le tienes.
Yo vengo del alto cielo,
y voy á las puras almas
que en mí buscan su consuelo,
y me ofrecen con anhelo
coronas, flores y palmas.
Yo, de Píndaro y Homero
los cantos inimitables
—que aun admira el mundo entero,—
inspiré, y al Dante fiero
presté acentos espantables.
Yo voy envuelta en las olas
de la tempestad rugiente;
yo me oculto entre las galas
que de las etéreas salas
son decorado esplendente.
Yo embellezco la sonrisa
con que el inocente niño
paga el maternal cariño;
yo en los pliegues de la brisa
en la floresta me ciño.
No hay flor en cuya corola
no esté mi aliento sutil.
A la salvaje amapola,
como á la humilde viola,
rodeo de encantos mil.
Yo de la bondad divina
soy purísimo destello;
soy la antorcha diamantina
á cuya luz se ilumina
cuanto hay de grande y de bello
Yo endulzo el amargo llanto,
yo divinizo el amor.....
y es tanto mi influjo, tanto,
que curo el mayor quebranto
y hago grato hasta el dolor.
¡Quien al oir mi canción
no siente agitado el seno
por misteriosa emoción,
ó no tiene corazon,
ó si le tiene, es de cieno!
Ve, pues, si más elevada
misión existir podrá....
Ahora, díme, si te agrada
cuál es la que encomendada
á tu cargo, hermana, está.
—Escucha: sediento el hombre
de eternizar su memoria,
ansioso de que su nombre
á cuantos le oigan asombre
por lo inmenso de su gloria.
Llena de noble ambición,
anhelando acrecentar
de su saber la atención
ilusión tras ilusión
se arranca sin vacilar.
Y cuando á costa de cien
y cien cruentos sacrificios
lograr pensó el sumo bien,
sus ojos cansados ven
que fueron vanos sus juicios.
Entonces ¡ah! jadeante,
con el pálido semblante
bañado en frío sudor,
se vuelve á mí suplicante
en demanda de valor:

Propicia yo, se lo infundo
si hallo su afán de vencer
incontrastable y profundo....
Sin mí, nunca un nuevo mundo
Colón llegara á entrever.
Del gran libro de natura
son los arcanos más serios
mi predilecta lectura....
Para mí no hay cosa oscura
ni hay insondables misterios.
Por los espacios paseo
mi audaz mirada, lor astros
páginas son que yo leo;
¡Sí! yo lancé á Galileo
tras sus luminosos rastros.
Yo le hice advertir después
que el planeta en que habitaba
—de lo antes dicho al revés—
bajo sus inmobles pies
rápidamente giraba.
¡Yo soy la fúlgida estrella
que guía á la humanidad
al templo de la *Verdad*.
¡A los que siguen mis huellas
les doy la inmortalidad!
La más alta inteligencia
triste languidecería
de tedio sin mi existencia....
¿Quién eres, pues?
—Soy..¡ la *Ciencia*!
¿Y tú?
—Yo..¡ la *Poesía*!

III.

Sus blancas manos unieron,
miráronse un corto trecho,
y luego en abrazo estrecho
confundiéronse las dos.
Poco después se perdieron
sas contornos peregrinos
por los distintos caminos
que á entrambas marcara Dios.

ERMELINDA DE ORMACHE.

Bayona, Octubre 1890.

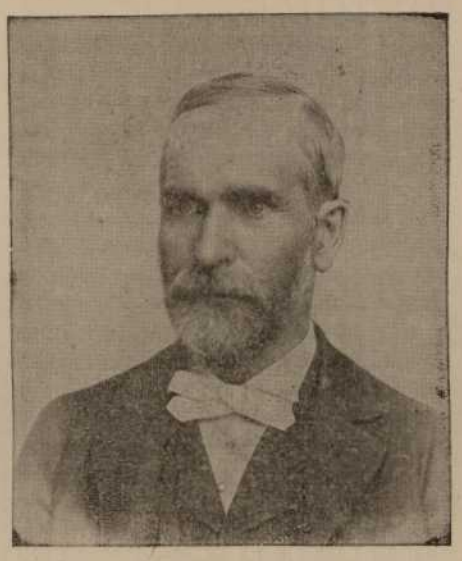
Henry A. Ward.

CUANDO un periódico engalana sus páginas con el grabado de un hombre notable como político, no falta quien cierre un ojo, creyendo ver con el otro el interés de la lisonja ó por lo menos la pasión de un círculo social; pero si la grandeza del personaje que se exhibe pertenece al mundo científico, los ojos todos se abren y el grabado gira al rededor del Globo recibiendo en cada país manifestaciones de admiración y de respeto. La ciencia, esa hija predilecta de la razón, inmensa y dúctil como el aire, se esparce por doquiera y sus figuras culminantes pasan siempre á la posteridad colmadas de coronas que jamás se oscurecen con las evoluciones humanas.

El Profesor Henry Augustus Ward es uno de esos naturalistas renombrados cuya fama se conoce en toda la superficie de la tierra. Hoy hace justamente dos años que tuvimos el placer de verlo entre nosotros durante algunos días, cuando se encaminaba á la América del Sur, en cuyas montañas permaneció por espacio de un año. El próximo nueve de Marzo cumplirá este americano ilustre 57 años de edad, dedicados en su mayor parte al servicio de la historia natural: es un hombre alto, bien constituído, muy rápido en sus movimientos y parco para hablar, aunque posee con perfección el inglés, francés, español, italiano y otros varios idiomas de los que se hablan en los diversos países visitados por él; jamás usa vestidos que llamen la atención, ni acostumbra viajar rodeado de sirvientes; como taxidermista es sumamente laborioso y hábil. Según nos manifestó, sus notas tomadas al través de todos los continentes permanecían todavía inéditas y de acuerdo con su voluntad, nada verá la luz pública hasta después de su muerte.

Los esfuerzos del Profesor Ward se han concretado con especialidad á la fundación de un Establecimiento particular, que es como el laboratorio donde se reúnen animales disecados y otras muestras de historia natural, procedentes de regiones remotas, y después de ser preparadas con la debida perfección pasan á figurar en los museos públicos y colecciones privadas del Antiguo y del Nuevo Continente. Los gabinetes de mineralogía y geología del Profesor Ward llenan por sí solos catorce salas en la Universidad de Róchester, y son de los más completos en los Estados Unidos.

No pretendemos trazar aquí la biografía del Profesor, pues en tal caso nuestro trabajo estaría simplificado con sólo traducir una de tantas publicadas por algunas revistas extranjeras; queremos, sin embargo, citar á la ligera las localidades recorridas por él, para que se vea cuánto puede la voluntad de un individuo quien sin otra herencia que su talento exclarecido, logra recorrer nuestro planeta, en todas direcciones, con provecho para



Henry A. Ward.

la ciencia y para su familia, que quedará en posesión de extensas colecciones, cuyo valor é interés son incalculables.

La extensión de las exploraciones es la siguiente:

América del Norte.—América Inglesa, desde las Islas Vancouver hasta el Canadá, Nueva Escocia y Terranova. Todos los Estados Unidos y sus territorios, con excepción de Alaska. La República Mexicana y casi todas las de América Central.

Sud América.—Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Patagonia, Tierra del Fuego, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil y la Guayana Inglesa, cruzando el continente ocho veces por diferentes direcciones y en épocas diversas.

Europa.—Veintidós veces ha cruzado la Europa, visitando allí todas las naciones y sus principales ciudades, en muchas de las cuales, como en París, ha vivido años enteros, cuando hacía sus estudios profesionales.

Africa.—Costa Norte: Tunez, Trípoli y Egipto, ascendiendo por el Nilo á través de Nubia hasta la quinta catarata, el Sudán; por el Mar Rojo hasta Abisinia, Somaulí, Zanzíbar, Mozambique, Zulú, Natal y Colonia del Cabo, ochocientas millas en el interior hasta la tierra del Diamante en Griqua. También á lo largo de la costa occidental, haciendo estaciones en Guinea (400 millas arriba del Río Niger), Sierra Leona, Liberia, Senegambia, Senegal y Marruecos. Las islas del Atlántico: Santa Elena, Ascensión, Canarias y Madera.

Asia.—Siberia, Asia Menor, Palestina, Arabia, Malaca, Península de Malaya, Siam, Cochinchina, China, Japón, Java, Borneo, etc.

Australia.—Nueva Zelandia, Australia, Tasmania (Islas de Vandíemen), Nueva Guinea y las Islas Sandwich.

A. ALFARO.

CARTA
DEL
DUQUE JOB.

POR QUE NO VOTO.

Al señor Director de "El Universal."

¿POR qué no voto en el Concurso de Belleza? Amigo mío, ya estoy de vuelta de ese hermoso país que da flores á millares para que nosotros las regalemos. Primero, los dulces; luego las flores; después las mujeres, y por último, los niños, ó la tristeza intensa que hay en esta frase: "Ya volví!"

La caída de mi tarde, este anochecer de mis deseos, no viene con espesas nublazones ni cárdenos relámpagos. No, ¡líbreme Dios de ser arisco con la inspiradora de muchas acciones malas y de casi todas las acciones buenas! No podemos amar á los hombres, y como el amor es obligatorio, tenemos por fuerza que amar á las mujeres. El que habla mal de ellas es porque solo ha conocido á una. Y no hablo de la madre porque esta no es mujer: es Madre nada más, y las madres, como los ángeles, no tienen sexo.

Esta misma afición mía á lo mejor que hubo en el Paraíso, me obliga, amable director, á no votar. Desde luego, no entiendo la pregunta: ¿cuál es la más bella?... Pues sólo puedo responder con más preguntas: ¿La más bella cuándo, en dónde y á qué edad? Ya sé que hay una belleza uniformada, reglamentada, una belleza que sirve para hacer estatuas. A esa belleza la admiro, pero no la amo. La impasibilidad era, por ejemplo, la condición esencial de la belleza en la estatuaria griega. Creo que llamaban á esa impasibilidad, en estética y en moral, *ataraxia* ó *apkatia:* falta de movimiento, falta de pasión. Y esa belleza inmóvil que puedo y debo admirar en las grandes esculturas, no me gusta en la mujer. Que no sea correcta su hermosura....¿para qué? La Naturaleza hace improvisaciones deliciosas. Oh! ¡Y hay defectos sublimes en sus obras! La nariz irreprochable de Cleopatra es cuasi divina; pero, ¿y la nariz de Mimí Pinsón ...? ¡Qué bonito pecado!

Querer proclamar una belleza superior á todas y darle la dictadura, es antidemocrático. No recuerdo quien propuso para México la tiranía honrada. Pues bien, lo que usted quiere es la tiranía de una sola belleza. Una....! ¡Qué profanación! La belleza pertenece al género femenino y número plural!

Primero es, para nosotros, algo así como el humo que traza muchas curvas en el aire....como el baho formado por el aliento de todas las mujeres....Es la neblina del amor en el amanecer de nuestras almas. Después viene un rayo de sol y el color reina en nuestros sueños amorosos como déspota. ¿Cuál color? Un color que suele ser muy color de rosa ó muy blanco, ó muy moreno, pero que siempre es *muy*. Un color que no está en el prisma: el color de mujer. Entonces reposan nuestras miradas como en blandos almohadones, en las figuras femeninas, rozagantes y frescas, de la pintura flamenca. La mujer se nos presenta en toda la plenitud de su desarrollo, con la púrpura intacta de su sangre, como Eva se presentó á Adán. Todo hombre que ama por primera vez es igual al primer hombre.

Pero en seguida, y al paso que vamos internando en la existencia, ¡cómo se va torciendo y complicando este concepto de la belleza! Llegamos á comprender y hasta á amar voluptuosamente la belleza del dolor! ¡Qué bien sabe besar una lágrima! Y la belleza de la alegría...? Eso de coger una risa con los labios ¡qué bueno es!

Hay quienes llegan á preferir las hermosuras diáfanas, como si ésta les recordara algún ángel ausente. A otros subyuga la hermosura de la maldad. Y no hay manera de poder señalar la belleza Unica. Hasta alguna que ayer nos parecía fea puede mañana parecernos bella....si ya hemos aprendido á traducirla.

¿No ha sentido usted jamás que la más bella entre todas las mujeres es una viejecita? ¿Y cómo se ha de dar un voto en el concurso de belleza á esa anciana de cabello blanco, tocas blancas y alma blanca?

La belleza es un color que tenemos en el alma y se tiñe de él lo que á ella entra. ¡Qué feas se nos ponen allá adentro muchas mujeres muy hermosas!.....

Hace poco repasaba yo la lista que está usted publicando. ¿A cuál de esas señoritas daría el premio? ¡Qué problema tan árduo y tan inútil! Lo peor, lo más fastidioso y lo que sirve de menos en la vida es escoger! Dios, según el Génesis, hizo una sola mujer, pero porque en esa sola mujer las hizo á todas. Lo que crió fué una fuerza; fué el *eterno femenino*. Pero Dios no hizo una sola flor, ni una sola estrella, ni una sola ave. Y no dijo al hombre: para tí la más bella será la margarita; la más hermosa, *Vesper;* la más esbelta, la oropéndola. Soltó el gusto de cada uno, como se deja libre á un niño en el jardín á la hora del asueto, y le dijo: corre! Haz lo que quieras!

Entiendo yo que este certamen del "Universal" es más bien un certamen de simpatías. No está á discusión, propiamente hablando, la belleza de las señoritas mexicanas. Esa no se discute, es un artículo de su constitución. Tampoco la que triunfe ejercerá el poder por un período fijo de años....Pues ¿y las que vivan ocultas? ¿Y las que vengan con vestido alto para llegar más aprisa?

Se tratará acaso de escoger realmente? ¡Mucho menos! Escoger....¿para qué? Escogemos entre aquellas á quienes vemos y tratamos, á una por mujer, pero no decimos: Esta es la más hermosa—sino—esta es la que yo quiero!

Miro la lista y siento tentaciones de poner *oni* nombre aquí....y allá....y en esa otra columna. Pero si al salir de casa, si al torcer la esquina, encuentro una mujer más bella que esas tres? No; yo no voto por la dictadura! Quiero el gobierno de la hermosura ejercido por todas las hermosas.

Me simpatiza, sin embargo, este concurso porque comprendo la idea de usted, ¡oh director *galantuomo!* Quiso usted, ahora que llegue el invierno, y son raras las flores, cubrir de rosas y gardenias á los que perfuman gardenias y rosas con su aliento. Se propone preparar la primavera del año entrante.... y allá van flores á los labios frescos para pedirles un poquito de perfume.

Y á esos pájaros que se llaman poetas y que quieren cantar en jaula de oro, éste en esa ventana, aquel, entre las campanillas del balcón de allá, les abrió usted las hojas hospedadoras de su diario, y allí están cantando las simpatías y los cariños á las hermosas, á las amadas y á las buenas.—¿Por qué votas por ella?—Por su sonrisa!—¿Y tú?—Por sus ojos.—¿Y tú, amigo?—Porque la amo.—¿Y usted?—Porque es muy buena!

¿Cómo pueden computarse estos votos heterogéneos? ¿Cuál es la más bella? Os lo diré si me decís lo que suman una violeta, una alondra y una estrella.....

Hé aquí por qué no voto, amigo mío. Escoger es renunciar á todas menos á una. Ser fiel á esta ó aquella es ser infiel á las demás. Eso se hace ó debe hacerse al casarse; pero no se hace más que una sola vez.

A mi juicio, el concurso no tiene más que un único defecto: el de que por fuerza ha de acabarse. Mientras veamos el nombre de todas, ¡qué alegría para los ojos! Pero al quedar el de una sola....¡cuántas ausentes!

Por eso yo lo dejaría incompleto como esas melodías que acaban en la orquesta, continúan en el canto y siguen después sin terminarse nunca, en la memoria y en las almas de los que las oyeron.

¿Sabe usted lo que yo haría en lugar de usted? Pues decir á esas hermosas y buenas señoritas:—Ustedes no han menester de flores....¡tienen tantas! Sus nombres figuran en todas las revistas de salón, circuídos por guirnaldas de adjetivos galantes. Pero á la hora en que *El Universal* muy de mañana llega á las puertas de las casas ó palacios en que ustedes habitan; á la hora en que todavía esos ojos están alumbrando el mundo de los sueños, corren por esas calles friolentas y con el tápalo raído muchas que son también buenas, bonitas, pero que están á obscuras porque son muy pobres. Van á misa, van á su trabajo, van tal vez á empeñar el último vestido bueno de la pobre mamá. Esas no tienen flores....¿no les damos estas?

Y como todas son muy buenas, las darían. Así no habría una reina, no habría celos, no habría olvidos: las hermosas canéforas llevarían sus rosas y jazmines al ara de la *ignota dea*, de la hermosura desconocida.

NIEBLA.

Allá en los cielos divinos
De las orillas del Guaire
Se encontraron en el aire
Dos celajes vespertinos.

Y como el sol se escondía,
Se pusieron los celajes
A sacudir sus encajes
De espléndida argentería.

Con el beso del cariño
Del maternal desconsuelo
Pasaba cantando al cielo
El alma dulce de un niño.

—¿Queréis llevar mi plegaria
De la tarde á los rumores,
Hasta el valle de las flores
A mi madre solitaria?

—Sí queremos, contestaron
Los dos celajes, y luego
Bajo la zona de fuego
Hacia la tierra bajaron.

Cuando bajaban haciendo
De su diligencia alarde,
Iba al rumor de la tarde
Un espíritu subiendo.

—¿Quereis decirme los dos,
Este llorando les dijo,
Si va el alma de mi hijo
Derecho al seno de Dios?

—Camino de hallarlo lleva.
—Pues yo su camino sigo.
—Iremos los dos contigo
A darle tan buena nueva.

Cuando el grupo á torcer iba
El rumbo al cielo volando,
Del niño el alma bajando
Se desprendió desde arriba.

—¡Hijo!—¡Madre! Y nadie supo,
So la noche que teñía,
La celestial alegría
De aquel delicioso grupo.

Mas bien columbra mi anhelo,
Por más que al hombre no cuadre,
Que celajes, hijo y madre,
Son hoy la gloria del cielo.

JOSÉ RAMÓN YEPES.

FANTASÍAS LITERARIAS.

Nacimiento de la pulga.

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

EL abuelo dirigiéndose á sus nietecillos empezó así la narración.

—Sabed, hijos míos, que no todos los historiodores están de acuerdo en el origen de la pulga; pero esto poco importa, y yo voy á tomar el que más me acomoda, que con esto no vamos á caer, seguramente en pecado mortal. Prestad atención, porque mañana tendréis que referirla á los hijos de la vecina que son, como vosotros, unos buenos chicos.

Dios y San Juan salieron á pasear por uno de los sitios más agradables del cielo, y en el momento en que nos encontramos con ellos, se ocupaban de San Pedro el portero del cielo.

El bueno de San Pedro se hacía viejo.

Casi sordo y medio ciego, se empeñaba en querer continuar en su antiquísimo empleo; pero aquello era imposible, porque la portería del cielo estaba mal servida, y constantemente reinaba en ella el desorden.

Llamaban:

—¿Quién? preguntaba Pedro.

—Elías, respondía una voz.

San Pedro creía oír: Matías; y como Matías era un magnífico sujeto, Pedro abría la puerta y Elías se colaba en el cielo donde seguramente continuaba sus atroces delitos.

Estas peligrosas equivocaciones tenían con cuidado á los habitantes del cielo.

Diariamente se cometían abominables crímenes; nadie se creía seguro en su casa, nadie se atrevía á salir á la calle sino acompañado de numerosa escolta.

—Esto no puede continuar así, decía Dios.

—Será necesario reemplazarlo, añadía Juan. A cada momento me llueven quejas sobre esta intolerable situación. Muchos se figuran que miramos el asunto con indiferencia; la crítica se muestra implacable; los amigos nos tratan con seriedad.... Ponemos todos los medios que están á nuestro alcance para devolver la calma al país. Dimas (el buen ladrón es el agente de policía del cielo) trabaja con incansable actividad, y ahora poco le echó las garras á tres franceses y un italiano que estaban escalando la casa de Santa Úrsula. Figúrese usted que escena aquella: las once mil vírgenes gritaban, corrían, se tiraban por las ventanas al jardín, se desmayaban....Aquello parecía un campo de Agramante.

—Nada, habrá que jubilar á Pedro.

—Y á quién pondremos en su lugar?

—Es un punto algo difícil. Tengo más de quinientas peticiones en mi poder, pero ninguna me satisface.

En aquel momento Juan se volvió asustado.

—¿Qué es eso, Juan?

—Señor, me pareció haber oído pasos sospechosos.

—Vamos, hombre, creo que te asustas de tu sombra.....Se necesita ser muy audaz para atreverse á estas horas.....

—Señor, apresuremos el paso.....Se me ha asegurado que por estos contornos hay una cuadrilla de malhechores turcos.

En aquel momento llegaron á una plazoleta, en cuyo centro había una fuente de donde tomaban agua unas cuantas mujeres; y más allá, á la izquierda, como á diez varas de distancia se ostentaba un frondoso roble.

A la sombra de él se sentaron Dios y San Juan, donde nuevamente volvieron á tomar el hilo de su interrumpida conversacion.

Apenas habían pronunciado unas cuantas palabras cuando pasó por delante de ellos una mujer en cuyas facciones se dibujaba acentuadamente un gran fastidio. Marchaba con lentitud, sin rumbo fijo, y en sus miradas se notaba la mayor indiferencia.

—Esa mujer sufre, dijo Dios siguiéndola atentamente con la vista. Mira, Juan, acércate á ella y pregúntale sus penas; tal vez consigamos remediarlas.

Obedeció Juan, y poco después se encontró al lado de la dama adolorida, quien se detuvo al oirlo decir:

—Perdonad, señora mía.

—¿Quién sois? ¿Qué quereis? preguntó ésta un poco asustada.

—¡Oh! Nada temáis; soy Juan, el Evangelista, el apóstol.....

—¡Ah!

—Un amigo de los que sufren, de los que llevan en el alma algún pesar oculto.

—¿Y creis que yo.....?

—Vos sufrís, señora mía; y ciego debe ser el que no vea en vuestros lindos ojos reflejarse el dolor de vuestra alma.

—Tenéis razón. ¿Para qué ocultarlo? Soy, como habéis adivinado, una mujer muy desgraciada....¿Queréis saber mi historia? Os la voy á referir punto por punto, y ya veréis, al fin, cómo yo, que podría ser sumamente felíz, soy la mujer más desgraciada del mundo.

—La dama empezó su relación. Era hija de uno de los príncipes más grandes de la tierra, descendiente en línea recta de uno de los bravos que tomaron á Jerusalèn. A los veinte años se casó con un emperador, un buen hombre que la amaba con idolatría. Ella, por su parte, adoraba á su marido y al pueblo del cual era dueña y señora. Fundó por su cuenta conventos, hospitales, escuelas; fomentó la agricultura, estableció museos y otras obras de utilidad pública que sería prolijo enumerar. Querida y respetada por su marido, su familia y su pueblo, llegó á los treinta años, época en la cual perdió á su muy noble y muy amado esposo. Aquí comienza su desgracia. Faltando su marido trató de retirarse á un un convento, pero el pueblo no quiso convenir en ello, y la hizo jurar que jamás le abandonaría. Ella tomó nuevamente el mando, pero contrariada, sin voluntad, asaltada á cada momento por el recuerdo de su augusto esposo. El fastidio se apoderó de su alma, pero de tal manera que sólo la muerte la habría curado de tan cruel enfermedad. Diéronse fiestas diariamente con el objeto de distraerla; pero todo fué inútil. La dolencia hacía rápidos progresos. La sonrisa de sus labios de coral murió para siempre; el brillo de sus hermosos ojos se apagó; no hablaba, no comía, y por último, se encerró en su habitación, se arrojó en el lecho, hasta que un día la muerte tronchó el hilo de su existencia. Una mujer que hizo tantas obras de caridad tenía necesariamente que entrar en el reino de los cielos, y las puertas de este se abrieron de par en par para ella. Pero en el cielo debía continuarse su calvario de la tierra: la lectura de agradables libros, los regocijos públicos, los magníficos sermones de San Pablo, todo, todo le fastidiaba.

—¿Créis, preguntó la dama concluyendo su narración, que es muy grata para mí una vida como la que llevo?

—Tenèis razón, señora mía, replicó San Juan compadecido de las angustias de aquella emperatriz. Yo veré si hay algún remedio para vuestro mal.

E inclinándose con profundo respeto se separó de ella y se dirigió al lugar donde lo esperaba Dios.

—?Qué hay? le preguntó éste.

San Juan le refirió la historia de la noble dama.

Apenas hubo concluído, tomó Dios un poco de arena, y dándosela al santo, le dijo:

—Vé por segunda vez donde ella y arrójale esto encima.

Hízolo así el santo, y cuando se hubo reunido nuevamente á Dios, éste le dijo:

—Mira á tu recomendada.

Miró San Juan y fué grande su asombro al ver á la dama dando brincos y llevándose con desesperación las manos á todas partes de su cuerpo.

—Señor, ¿qué es eso? preguntó sin poder comprender bien lo que veía.

—Eso es, respondió Dios con paternal sonrisa, que acabo de formar la pulga.

Cartagena (Rep. de Colombia) 1891.

CAMILO S. DELGADO.

LA MUSA COLOMBIANA.

poema descriptivo.

Original de Antonio Olivo Pino.

CANTO 1º

¡A cuán diversa utilidad no adapta
sus recios filamentos el maguey!:
en la soga, la red y la mochila
retorcidos se arrollan, ó defienden
con sandalia rural la planta humana.
El ceibo, el cedro, el roble y el campano,
el dividivi, el ébano y la mora,
el brasil y el carreto, con sus troncos,
sustentan el dosel que se interpone
entre el cielo y la tierra, en la bravía
demorada extensión del bosque virgen.
El brazo de la industria su reposo
viene allí á perturbar, y les conduce
á artesonar los techos en que el hombre
se guarece del sol y de las lluvias;
ó van al astillero, de do parten
á hender las aguas de la mar y el río.
En el taller se pulen bajo el diente
del cepillo y la sierra, y se conforman
en molduras rotundas en el torno.
Su tinta ofrecen á la piel bruñida
que en el mullido lecho nos halaga,
se pliega dócilmente del pie humano
á las graciosas curvas en la horma,
ó nos soporta en el sillón que oprime
del alazán los poderosos lomos.
Tendidos bajo el riel, la pesadumbre
sustentan de la audaz locomotora,
que cruza ya de la región andina
los parajes recónditos,—empresa
de ciclópeos alientos, inconclusa,
mas de gran porvenir: hay en el vasó
muy poco vino aún; pero le colma
aljofarada espuma hasta los bordes.
Sonrisas de esperanza, profecías
del reinado de Dios en la sagrada
Jerusalen que germinar miramos.
No derramada en opulencia indócil
grandeza tanta encubrirá por siempre
con hosquedad salvaje sus tributos;
no, que ya tiene á grata servidumbre
la domada cerviz, herida apenas
por el vigor del pueblo colombiano.
¡Victoria por la gente de mi Patria!
¡Vítor por ella, que valiente afronta
de su destino excelso el cumplimiento!
Siempre tendrá á su imperio sometida,
!pese á celos extraños!, esta tierra:
montes, planicies, costas y llanuras,
mañana como hoy, siempre á sus plantas
á ofrendarle vendrán su vasallaje
Escuchad el rumor con que se apresta
al rudo afán; mirad cual se conmueve
en la impaciencia; su mirada brilla;
sus carnes se estremecen, circuladas
por vitales corrientes. ¿Quién resiste
tal poder? Adelante! Se congrega.
¡Qué animación! A la labor: marchemos!
Suena su voz...¿Qué escucho...Esos acentos!...

Insensato temor!.....?Acaso estoy
alucinado?....Nó. Detente, mira
allí el abismo!.....Nada: el hierro empuña,
el hierro destructor: disparos, odio,
palabras de venganza y exterminio:
es la guerra civil; ¡ay! es la guerra,—
sangre, miseria, y muerte y hambre y duelo
y maldición de Dios. ¡Oh Patria mía,
oh Patria de mi amor, mi dulce Patria!,
tus brazos abre, estréchame en tu seno,
y déjame llorar tu desventura.
¡Ay, qué dolor tan grande el que me oprime!
¿Quién sufre como yo? ¿Qué suerte adversa
me hizo nacer en ti.....Perdón!: delito
es pensarlo no más. Tal vez mañana.....
Mañana? ¿Quién espera? Desde luego
preferible es morir en tanto estrago.
Morir!.....y sin venganza....en el silencio....
¡Oh, la venganza, sí!: saciar mis iras
en esta turba estúpida, ludibrio
del demagogo audaz ó del tirano,
ceñir su cuello con dogal estrecho;
herirla, magullarla, que le cuelguen
desgarrados sus miembros en girones.
Que grite, y ¿qué me importa?; ¡fuego y sangre!
Infame? te retuerces: todavía
yo quiero más aún: quiero que expíes;
conspira, sé servil: que paso á paso
sientas venir la muerte, y que yo sienta
la fiera contorción de tu agonía.....
¿Quién te impide volver á la matanza?
Muerte y desolación.....pero la tuya!
Así....¿Por qué me vez?...¿Qué es lo que dices...
Y agoniza y se muere:....Horror! ¿Qué es esto?
¿Es mi obra?—Nó, nó; soy inocente;
es tu obra: estoy limpio.....Aparta, oh Musa!,
aparta de mi vista tal escena!
¿Eso me prometiste? Yo creía
ser digno de tu amor, y me engañaba.
Quiero gemir á solas; que el escarnio
no se goce en mi llanto: allá en el éter,
hasta aquel pico solitario voy
á estar conmigo mismo; allá, lo quiero,
aunque el delirio insomne me posea,
cual poseyó en el Chimborazo al Héroe.
Aquí gimamos.....Soledad, silencio:
el mundo está á mis plantas; sus rumores
no llegan hasta mí, ni me conturban.
La Patria, no, la Humanidad, el Hombre
progresa con dolor: esa es la ley.
Yo he sentido su yugo y me he inclinado
para rehacerme con desdén. A veces
han pasado á mi vista resplandores,
y á su lumbre fugaz, he descubierto
misterios tenebrosos de la vida:
con sensación de vértigo, he sentido
la irradiación del punto hacia la esfera,
lo que la gota de agua, sí conciencia
tuviese de su sér cuando evapora:
mi espíritu ha flotado en la penumbra,
cual flotaba el de Dios sobre las aguas,
en el arcano Génesis del mundo.
¿Quién soy yo, qué es el hombre?; ¿sus grandezas
qué?—Vanidad de vanidades, nada:
sólo es grande el poder como PRINCIPIO,
la LEY eterna, el VERBO que confunde
al Supremo Hacedor con sus criaturas.
¡Qué inefable expansión!: aquí se siente
la suprema ansiedad de lo insondable:
este horizonte vago es el reflejo
del infinito espacio, donde mora
la inmensidad de Dios.
Día de ira
debió de ser aquel en que del fondo
de la masa caótica se alzaron
los ramales del Andes en tridente.
Abiertas las entrañas de la tierra,
la materia candente brotaría
en borbotones, moles sobre moles
acumulando; sacudidos luego
por convulsión interna, los picachos
desgajados cayeron: desgarrada
la inmensa concreción, abrió camino
al líquido metal, que rodaría
en tormentosos tumbos hasta el llano
De los cielos después las cataratas
se abrieron; y las aguas gravitando
hácia el uivel, con furia golpearían
en las rocas inmóviles, abriendo
brecha á su curso irresistible y ciego.
Noche caliginosa en que relumbran
los vívidos relámpagos: rimbombos
de clamorosos truenos retumbando:
reptiles retorciéndose espantosos
con furor impotente en la agonía:
silbos, graznidos de ecos estridentes:
aves queriendo revolar en vano
en el turbión: cuadrúpedos gigantes
aullando, presas del horror y el miedo:
y acaso el hombre en estupor sumido,
en medio del estrago; las alturas
pretendiendo escalar, ó demandando
con clamorosa voz misericordia.
Termina el cataclismo: de los cielos
asoma ya la prístina sonrisa;
tras leve gasa su redondo disco
levanta el sol y auyenta las tinieblas:
oreantes auras; aire oxigenado
se infiltra por doquiera: ¡vida, vida!:
el organismo tímido primero
despunta, y ya con avidez absorbe
los elementos que le nutren: tiende
sus múltiples resortes y procrea.
Mas no en esta región, que consagrada
fué por el soplo de la Causa prima,
cuando ordenaba la creación: aun suenan
las voces que le cantan ¡Santo, Santo!
Aquí está la penumbra nunciadora
de la Luz inmortal; aquí la orilla
del mar de lo inmutable; aquí indistinto
resuena el ritmo que escuchar no pueden
los oídos del hombre, sin que sienta
temblar sus carnes de terror y espanto.
¿Quien se acerca hasta Ti, con la envoltura
de esta materia vil, que no se inmute
de su miseria horrorizado? Aplaca
con el amor tus iras: hombre fuiste
y sufriste del hombre los dolores.
Yo me abrazo al madero en que espiraste,
y en mi frente recibo los raudales
de tu preciosa sangre: se consuma
la redención en mí: de amor sedienta
llega hasta Tí mi alma, y en tu seno
se funde ya dignificada y pura.
Allá en la tierra mis hermanos viven
en el error talvez: no les entregues
en el destierro á la orfandad; tus brazos
abiertos fueron en la cruz á todos.
Allí tengo mi hogar; paz á los mios.
Allí me ligan vínculos amantes
á aquellos que conmigo se alimentan
del mismo pan, y de la misma fuente
toman el agua que mi sed aplaca.
Tu diestra sobre todos. Entre ellos
yo voy á confundirme: séame dado,
de la natura en el calmado seno
las fruiciones probar que me liberten
de la tensión terrible que me oprime.
¿Quién pudiera por siempre, sustraído
al tráfago mundano, adormecerse
en regazo de césped, á la sombra
de estos almendros, ó al ambiente fresco,
bajo el manglar que en la vecina fuente
va á sumergir sus ramas inclinadas?;
¿ó más allá en el rústico columpio
que los bejucos forman, enlazando
del sanaguare y guayacán los troncos?
Sus ramas se entrecruzan, sustentando
parasitaria red, que en lo alto forma
emarañado palio de verdura:
la enredadera cuelga sus festones
matizados de azul, púrpura y blanco:
de flor en flor el colibrí revuela:
entre el follaje la torcaz su triste
gemido lanza; la medrosa ardilla
corre á ocultarse; el ruiseñor y el tache
forman su nido; y en bandadas llegan
de largo vuelo á descansar las aves.

A la Señorita M.... S.

I.

CUAL se ahuyenta el crepúsculo en la tarde
Si las sombras enlutan la alta esfera,
Tal el placer, fantasma lisonjera
Mi corazón amante abandonó
Y ya no más la sonrisa ostenta el labio
Ni de la lira parten gratos sones;
Huyeron mis alegres emociones,
La luz de la esperanza se extinguió.

II.

Cual un eco de música perdida
Que de la selva espira en la espesura,
Murieron mis momentos de ventura,
Mis momentos de plácido solaz;
Y hoy tan sélo entre fieras convulsiones
Del dolor entregado al torpe yugo
Cual maldice la víctima al verdugo
Mi destino maldigo, ¡ que es fatal !

III.

Un amor anidábase en mi pecho
Cual las nubes reclínanse en el cielo
De él brotaban las flores de mi anhelo,
De él brotaba mi tierna inspiración;
Manantial, en sus linfas me veía
Y en sus linfas mi ardiente sed calmaba
Aura, con sus cantares me extasiaba
Blanco lirio embriagábame en su olor.

IV.

Soñaba yo en su amor cual sueña un niño
En aromas envuelto de inocencia,
Una agradable plácida existencia
Como visiones puras del candor
Y cruzaban alegres el espacio
Con alas de oro y ojos de diamante
Querubines de fúlgido semblante
Solícitos velando mi ilusión.

V.

¡ Qué bello es el amor !, cascada inmensa
De dulce, de gratísima caída
Que al empapar el alma le da vida,
La vida candorosa del placer;
Y sus gotas trocándose en estrellas
Salpican el inmenso firmamento
Sus rumores llevados por el viento
Repiten las canciones del edén.

VI.

Todo cambia á su influjo.—Prodigio
De la ley que dirige los mortales,
El eco de los himnos sepulcrales
Se repite en concierto angelical;
Sublime cual natura, si el oriente
Retratando la calma, tierno dora
El horizonte y encendió la aurora,
Con vivísimo fuego, sin igual!!

VII.

Ese tiempo pasé, pasó ese tiempo
En que yo muy feliz me contemplaba
Y en lugar de este cielo imaginaba
Un cielo muy sereno, siempre azul
Y dibujada en él por las estrellas
La imágen de la vírgen que aún adoro
Luciendo de sus galas el tesoro
En el vivo encendido de la luz.

VIII

Te veía mi bien, sí, lo recuerdo
Y al recordarlo el alma se estremece
Cual la flor en su tallo si la mece
Del auro la suavísima espiral;
Te via mi bien y al recordarlo
Oígo el eco fatal de una campana
Que remeda mi suerte fiera, insana
Y tañe con acento sepulcral.

IX.

¡ Ah ! si mi alma pudiera un solo instante
Decirte entusiasmada que aun te ama,
Retratarte el sublime panorama,
Que un tiempo en sus desvelos contempló,
Talvez mi negra suerte se trocara
Por un destino dulce y lisonjero
Con un ángel de dicha placentero
Y bello cual la luz, la luz del sol.

X.

Pero no, es imposible, si allí llego
De amor y de esperanza palpitando,
Tan sólo me deleito contemplando
La gracia que te adorna sin rival.

Y mudo el labio, ardiendo el pensamiento
Ardiendo el corazón en viva llama
En el amor inmenso que me inflama
Tu nombre apenas puedo pronunciar.

XI.

¿ Pero dime, no es cierto, no has oído
La voz de una paloma solitaria
Que una amorosa férvida plegaria
Repite en tus oídos sin cesar?
Y ella qué te dice? Tú lo sabes:
Amar sin ser amado es anatema,
Amar y ser amado es la diadema
Que aguardo yo á tus pies. ¡Piedad! piedad !

XII.

Concede, y mil aurnas encendidas
La sombra romperán de la alta esfera
Donde el placer cual diosa lisonjera
Mi corazón amante alumbrará;
Surcará la sonrisa el débil labio
De la lira se oirán los gratos sones,
Volverán mis alegres emociones
Y á nuevo sér, mi sér renacerá!

JUAN ANTONIO GRANADOS.

Alajuela, 15 de Diciembre de 1890.

LAS MUJERES DEL ARTE. (1)

Eva.

(MILTON)

....Las flores su corola
dasplegando, lanzaron su perfume
á la primera brisa; los capullos
se irguieron en su cáliz; de las aves
resonó el primer trino; en los inmensos
espacios, en los montes, en las selvas,
en los ríos, el mar y las llanuras
se elevó cadenciosa la armonía
universal. El cántico sublime
del Empíreo se oyó sobre las nubes:
la tierra bañó el sol en polvo de oro.
Y nació la mujer.
Su nívea frente
circundaba el cabello desprendido
como cascadas de oro por su espalda.
La luz, al reflejarse en su albo seno,
quebrábase en mil tonos de blancura
sobre las suaves curvas de su tronco
que besaba al pasar; en su mirada
el universo entero sonreía;
vagaba en su al redor el grato aroma
de la pureza y el candor. ¿Quién pudo
soñar algo más bello, más sublime
que la mujer primera?....
Como el fuego
abrazador surgió del hondo cráter,
como el rayo del cielo, como el ronco
trueno que sobre el mar se extiende y rueda
toma del fuego celestial su origen,
de ella el dolor surgió terrible, impío,
tan sólo porque es noble y purifica.

Frine.

(PRAXITELES)

Falta allí el corazón, la mirada,
el cerebro, los nervios, la idea,
y parece, no obstante, que el mármol
mira, siente, estremécese y piensa.

El cincel prodigioso, el secreto
encontró de dar vida á la piedra,
y el latido en el pecho se escucha
y la sangre circula en las venas.

¿Para quién, sin embargo, un enigma
puede ser esta mágica empresa?
El amor con el arte de acuerdo
puede hacer inmortal la materia.

Safo.

Diana, tras lenta marcha, su diadema
hunde en el ancho mar; amante y sola,
Safo lanza al espacio, apasionado
canto sublime.
"—Pálida cual la cera, por mis venas
corre fuego sutil; el sudor frío
báñame temblorosa, espesa nube
vela mis ojos.
"Venus eterna de dorado carro,
hija de Jove que volaste al éter
¡Ven á escanciar en copa de rubíes
néctar de amores!"
Safo enmudece; el genio de la noche
aduérmela por fin; la frente inclina
el aura, entre sus labios, silenciosa
fíngela un beso.

Cleopatra.

(CORNEILLE)

Ya la hermosa y altiva soberana
volar siente la muerte por su frente,
si lloran las esclavas solamente,
Egipto entero llorará mañana.
No en el carro del César la liviana
turba verá á la reina prepotente
si vencer pudo Octavio fieramente,
no fué de su arrogancia sobrehumano.
Arden los humeantes pebeteros,
el áspid vierte ponzoña impura,
y el rostro en el tapiz las siervas gimen.
La reina oye sus ayes lastimeros
y la certera muerte se asegura
de la mujer que es grande hasta en el crimen.

ANTONIO ZOZAYA.

Anacreóntica.

Estamos en los meses
de las caricias locas,
del hervir de la sangre,
del amor, de las rosas;
las almas se comprenden
y se buscan las bocas:
llegó la Primavera,
es ella la señora.
Ya recogió el invierno
sus encajes de sombra,
ya no se escucha el trueno
ni el silbar de los bóreas,
ya no hay nubes plomizas,
ya no hay tardes brumosas,
naturaleza canta
y palpita y se esponja.
Del ubérrimo seno
la vida emerje y brota,
el árbol reverdece,
renacen ya sus hojas.
La hierba sobre el prado
tiende su verde alfombra,
abandona el capullo
la gentil mariposa;
las auras perfumadas
sobre las yemas soplan
que al beso cariñoso
entreábrense gozosas.
Filomela en el bosque
su cantilena entona;
todo es luz y poesía,
y todo es fiesta y gloria;
el cielo está de gala
y el nido esta de moda.
Oh, jóvenes! alcemos
alegres nuestras copas!
hosanna á los que ríen!
hosanna á los que gozan!

A ti va nuestro brindis,
la Venus tentadora;
á ti que das las mieles
á las fragantes pomas
y cuajas los racimos
en las parras hojosas;
á ti que abrigo brindas
á las débiles hojas
que en el retoño lucen
cual verdes mariposas,
y viertes en el cálix
el embriagante aroma
y das brillo á las perlas
en su cárcel de concha;
prestas alas al céfiro
que columpia las rosas,
y proteges sus besos
y presides sus cópulas;
y en la garganta pones
de las aves canoras
las notas delicadas
de flautas misteriosas.
A ti va nuestro brindis
oh! Venus voluptuosa,
que alegras los festines,
apadrinas las bodas
y presides las danzas
de las bacantes locas!
A ti, madre del gozo,
fuente de donde brota
el deleite embriagante,
la caricia ahogadora;
á ti, la de albo seno,
gallarda vencedora
que entreabres las cortinas
de las blancas alcobas,
aleteando en el lecho
do tranquila reposa
la púdica doncella
de cabellera blonda,
y finges en su mente
quimeras soñadoras.
Oh, jóvenes alcemos
alegres nuestras copas!
hosanna á los que ríen!
hosanna á los que gozan!
Tú lo embelleces todo,
lo alegras y transformas
y señala tus huellas
estela luminosa.
Primavera es tu trono;
sus flores, tu corona;
tus esclavos las almas,
oh reina majestuosa!

Bebamos compañeros!
la juventud es corta;
mientras la savia ardiente
por nuestras venas corra,
quememos en sus aras,
sea ella nuestra diosa:
hosanna á los que ríen!
hosanna á los que gozan!

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.

(1)—De un libro en preparación.

NOTAS.

El artículo titulado "Napoleón" se debe á la pluma de un alumno del Liceo de Costa Rica, don Ramón Zelaya, jovencito que comienza ahora sus ensayos literarios saliendo á la defensa de su maestro ausente.

El joven Zelaya es acreedor á la protección decidida del Gobierno, y no dudamos que dadas sus brillantes dotes naturales y su nunca desmentida aplicación, llegará algún día á ser honra y orgullo de su patria.

***

A la estimable familia de la señora doña María Gutiérrez de Guardia damos nuestro sentido pésame por la muerte de tan distinguida matrona.

***

El 25 de Febrero próximo, según se nos asegura, la Compañia de Zarzuela Española hará su estreno en esta Capital, con la preciosa obra *La Tempestad*.

Si la Compañía es buena, como no lo dudamos, desde luego nos prometemos un buen resultado para el Empresario. Que sea bienvenida la Compañía y haga desaparecer la tristeza horrible de que es presa San José.

TIP. NACIONAL.